

La impotencia en el hombre

Por: ENRIQUE GUARNER

JOHANN Wolfgang Goethe tuvo la suficiente autocritica de realizar una descripción detallada de un episodio de impotencia aguda, que sufrió alrededor de 1790. Su relato aparecido en el «Tagebuch» o «Diario», nos dice que en el regreso a Weimar después de un viaje por Italia una rueda de su carruaje tuvo un desperfecto, lo que ocasionó que el poeta pasara la noche en un mesón del camino. Desde que entró allí, Goethe quedó prendado por la belleza de una joven de alrededor de veinte años a la que cortejó inmediatamente. Pronto se pusieron de acuerdo y ella accedió a pasar la noche en su habitación.

El escritor se regodeaba al anticipar la visita y cuando la muchacha entró, su inquietud aumentó porque ella le anunció que era virgen y que no le afectaba el ser desflorada por alguien tan importante. En ese momento Goethe experimentó una sensación desconocida y extraña que hizo que se desvaneciera la excitación, que momentos antes lo dominaba. No importando que tan conscientemente deseaba a la mujer, desapareció su potencia y sintió angustia por la incapacidad que tenía para gozar de algo que gratuitamente se le ofrecía.

En sus predicamentos empezó a pensar en el éxito que siempre había experimentado en el acto sexual con su esposa. En ese momento pareció que se levantaba la erección, pero cuando se aproximó a la joven volvió a desvanecer. Viendo que su acompañante dormitaba, Goethe se levantó del lecho y le escribió a su esposa:

«Me estaba aproximando al hogar pero en las últimas horas algo me amenazaba apartándome de ti mi amor.

En un lugar peculiar y en circunstancias particulares he encontrado mi fiel corazón. Posiblemente nunca entiendas lo que te cuento, pero quiero que recuerdes estos versos: A menudo es una enfermedad la que ayuda a preservar la salud».

El genio de Goethe le hizo darse cuenta que su impotencia era transitoria y de origen puramente psicológico; descubriendo que cuando recuperó la erección fue pensando en su amante esposa. Reconoció que el doble desafío de la infidelidad y el desflorar a una virgen eran demasiado para su conciencia. En otras palabras, que el superyo constituía el guardián de su moralidad. Un poco más abajo en el mismo contexto el poeta nos señala: «Si el demonio se aproxima y nos tienta, algo sucede de manera que la virtud retorna y se preserva».

La impotencia en el hombre es un síntoma sumamente común que afecta en forma más determinante que la frigidez de la mujer. Es por ello que muchos suicidios se han cometido por ella, en tanto que la falta de orgasmo femenino rara vez lleva a que alguien destruya su vida.

Psicológicamente debemos considerar cada caso de impotencia como la expresión de una resistencia en contra de efectuar el acto sexual. Uno de los pioneros del psicoanálisis, Wilhelm Stekel consideraba la falta de deseo, como un último esfuerzo de la mente para sabotearse el placer que podía experimentarse durante el coito.

Varios pueden ser los factores que determinan la impotencia, lo cual da lugar a la dificultad para clasificarlos. A veces la inhibición se presenta porque el aparato vascular se rebela y no se puede lograr la erección. En otras ocasiones el pene se distiende y hasta puede penetrar pero eyacula prematuramente. Puede suceder que nunca se llegue al orgasmo, o que «todo vaya bien»,



pero la sensación posterior sea de desagrado, culpa y hasta condicione insomnio. También ocurre que el hombre se torture con todo tipo de ideas eróticas cuando está sólo, pero en el momento de enfrentarse con una mujer «no sucede nada». En muchos de estos casos el acto sexual representa una especie de examen del que se teme salir derrotado.

Frecuentemente se observan personas que fácilmente se excitan con aventuras o prostitutas, pero que al enfrentarse a la mujer amada fracasan en forma total. Dos películas se han filmado sobre estos casos. La primera fue «Ill bel Antonio» escrita por Passolini en la que el actor Marcelo Mastroiani se casaba con la bellísima Claudia Cardinale y no podía consumar el acto.

La segunda más reciente se intituló «Maria's lovers» y fue dirigida por Andrei Konchalovsky. En ella se nos presenta el caso de Ivan Vivrich actuado por John Savage quien se une en matrimonio con la guapa enfermera Nastassia Kinsky. El personaje había sido prisionero de guerra de los japoneses y cuando estaba en el campo de concentración no pensaba en otra cosa más que en el acto sexual con María. Sin embargo, al casarse se vuelve totalmente impotente. En el fondo había sufrido una castración psicológica que hace que la abandone y ella termina por acostarse con un trovador ambulante estupendamente actuado por Keith Carradine. Lo interesante es que el marido ofendido recupera la agresión necesaria que le permite alcanzar la erección y consumar el acto sexual deseado con su amada María.

De manera general podríamos clasificar a los impotentes dentro de cuatro grupos que son:

1. Aquellos que presentan consciente o inconscientemente la idea de la castración. Ellos temen que sus genitales sean de menor tamaño de lo normal y que por esta situación serán incapaces de satisfacer a una mujer. Frecuentemente y con el objeto de encubrir su ineptitud racionalizan, buscando un argumento favorable para ellos, pero que en el fondo es falso; que podrían sufrir una enfermedad venérea. En casos más graves sienten pánico pensando que el órgano masculino permanecerá cautivo de los genitales femeninos. Esta fantasía puede partir de la observación en los caninos en los cuales efectivamente los espasmos de la perra hacen que el pene después de la eyaculación quede confinado en su interior.

2. Casos con ideas de ser inadecuado sexualmente por una falta de tamaño en los genitales. En realidad es una falacia la fantasía de que haya gran diferencia en la dimensión de los órganos sexuales, porque además y es lo que cuenta, la erección es suficiente para buscar darle placer a la mujer.

A menudo el miedo a carecer de capacidad sexual se da en hombres bien parecidos, atléticos que son populares con las damas. La razón puede partir de que su narcisismo los pone a prueba y temen fracasar por las muchas expectativas que había en ellos.

3. Los hombres hostiles contra la figura femenina son frecuentemente impotentes. La razón estriba en que la sociedad ha hecho de la mujer una mercancía y esto condiciona una desconfianza porque se piensa que ella pueda explotar o aprovecharse de uno. Este tipo de casos da lugar a individuos suspicaces que no pueden practicar el coito porque nunca se relajan. Un derivado del anterior es el miedo masculino a perder la independencia. El acto sexual es a menudo relacionado con el matrimonio y responsabilidades no deseadas.

4. Existen casos en los cuales el temor a la muerte induce a la impotencia. Se piensa que la excitación sexual puede provocar un ataque cardíaco. En el inconsciente siempre se encuentra la idea del castigo, porque se está practicando algo prohibido por los padres. Esta situación se ve con frecuencia en individuos hipocondríacos que se dicen a sí mismos: «no debo y por lo tanto no puedo».

El famoso informe Kinsey publicado en 1948 afirmaba que aproximadamente la mitad de los hombres que sobrepasan los cincuenta años de edad se vuelven casi sexualmente inactivos. Esto puede ser estadísticamente correcto, pero de ninguna manera saludable. Los psiquiatras sabemos que la función genital debe preservarse a lo largo de la vida y que para ello tenemos que mantener una actitud sana con respeto al sexo. Para ello necesitamos evitar alargar los episodios de pasividad, o que éstos se acorten lo más posible.
